ESTRATOS Y FUGAS:

VALENCIAS DE LO QUE UN CUERPO PUEDE EN EL PENSAMIENTO DE GILLES DELEUZE Y TALCOTT PARSONS

Speranza, Emanuel Nicolás

FSOC (UBA)

[Emanuel.speranza@hotmail.com](mailto:Emanuel.speranza@hotmail.com)

Estudiante de grado

Eje problemático propuesto: 5

Palabras clave: Estratificación – fuga – sistema – árbol – rizoma

"Esta diferencia existe entre el Demonio de Sócrates y el mío; que el de Sócrates no se le manifestaba sino para defender, avisar o impedir, y el mío se digna aconsejar, sugerir, persuadir. El pobre Sócrates no tenía más que un Demonio prohibitivo; el mío es gran afirmador, el mío es Demonio de acción, Demonio de combate" Baudelaire (s.f., p. 158)

**Introducción:**

Esta ponencia tendrá como propuesta la contrastación entre el pensamiento de Deleuze y Parsons alrededor de la problemática del cambio. Nuestro punto de partida radica en la existencia de una preocupación de ambos autores por las posibilidades de transformación del sujeto. Sin embargo, es a partir de allí que sus caminos teóricos comienzan a bifurcarse. Las preguntas que sobrevuelan este trabajo son: ¿Cómo es interpretado valorativamente el cambio? ¿Cómo son interpretados los estratos que encorsetan al sujeto? ¿Es posible franquear ese límite que propone la estratificación?

El desarrollo de la presente ponencia incluirá tres apartados. En el primero, abordaremos el marco teórico parsoniano, recuperando conceptos claves como: estratificación, status – rol, sistema, entre otros. El hilo conductor entre ellos remitirá a un sistema que desdibuja el papel del actor, en tanto portante de estructuras. Esto supone la obturación del devenir de los sujetos, los cuales son incorporados en un conjunto limitado de status – rol mediante el proceso de estratificación. La preocupación de Parsons se halla en la realización eficiente y racional del proceso de estratificación, ya que este permite conjurar los acontecimientos imprevistos, abogando por la organización y el orden. Se encontrará en este proceso un sistema de evaluación que jerarquiza a los sujetos en el campo social, conduciendo, además, a un reforzamiento continuo del mismo proceso de estratificación a partir de la asimilación de un conjunto de valores y normas extendidos por el sistema.

En el segundo apartado, se plasmará el pensamiento de Deleuze, el cual se presenta como un lector acérrimo de la filosofía spinozista. Desde esta influencia es que se comprende su interés por los cuerpos y las potencias. Según el filósofo neerlandés, nadie ha determinado lo que un cuerpo puede. Partiendo de esta premisa, el pensamiento de Deleuze se lanza a la creación de las denominadas líneas de fuga, las cuales permitirán la producción de mutaciones disruptivas. En este sentido, Deleuze critica fuertemente los modelos teóricos que remiten a la impotencia, a la religiosidad de la estratificación y a los sistemas de evaluación habilitantes del juicio, ya que los considera obstructores de “lo nuevo”. En su filosofía, el sujeto es recuperado de las ataduras de las grandes estructuras, a partir del desarrollo de conceptos como rizoma, cuerpo sin órganos, simulacros, entre otras. El papel del sujeto se refuerza en la emergencia de la praxis, en donde para Deleuze solo es posible producir la diferencia en el hacer.

Para finalizar, concluiremos esta ponencia con reflexiones finales sobre lo expuesto.

**El Modelo Voluntarista de la Acción:**

El problema nodal que nos encontramos a la hora de abordar la obra de Parsons es claro. Su bibliografía gira en torno a cómo dar respuesta al problema hobbesiano del orden: ¿por qué hay orden y no más bien desorden? A partir de la publicación de *La Estructura de la Acción Social*, Parsons emprende un camino para la producción de un marco teórico que se oriente a responder esta pregunta.

En este primer modelo, el autor parte de una unidad mínima: el acto – unidad. La misma se encuentra integrada por dos tipos de elementos: el primero de ellos es un elemento subjetivo, que implica fines y normas. El segundo es el elemento objetivo, que comprende medios y condiciones de la acción. Este modelo es llamado por Parsons como el modelo voluntarista de la acción (en adelante MVA). Allí, lo voluntario es deudor de un reforzamiento entre las normas y los fines, entre lo individual y lo colectivo (Parsons, 1971). La particularidad del MVA es que no remite directamente a una norma durkheimiana, externa al individuo, sino que esta se aloja dentro de él, instalando una deuda de por vida. Los valores son traídos desde el exterior hacia el seno del componente subjetivo, en donde su internalización es constituyente de la acción (Parsons, 1971). Ahora bien ¿qué sucede en el avance de su desarrollo teórico? ¿Qué sucede cuando chocamos con un otrx?

**El Modelo Trisistémico:**

En esta nueva etapa de su pensamiento, Parsons intenta responder a esta última pregunta. Ya no busca explicar el orden desde el acto – unidad, sino desde el actor – situación. De esta manera, logra integrar al actor en un contexto que implica la presencia de un otrx, en lo que supone un choque de expectativas.

El autor entiende que hay una interacción entre Ego (actor) y Alter (con quien se relaciona), en donde ambas partes traen consigo expectativas que surgen de sus disposiciones de necesidad. Este cara a cara tiene la potencialidad de producir la “doble contingencia de la acción”, en otras palabras, no poder anticipar la reacción del otro (Parsons, 1988). En el modelo trisistémico la orientación de las acciones de los actores están determinadas por fuerzas sistémicas y ya no por su fuerza voluntarista. Lo que nos dice Parsons, es que el sistema, como conjunto integrado de partes interrelacionadas, encuentra un mecanismo para poder anular la contingencia de la acción, a partir de la integración de valores comunes: “para que el proceso de interacción se estructure, el significado de un signo tiene que ser abstraído de lo particular de la situación. Es decir, su significado tiene que ser estable” (Parsons, 1988, p. 10). Esto es posible debido a un proceso de socialización, en donde el actor aprende los patrones culturales del Sistema Cultural, en el contacto con unx otrx. Este proceso se coordina, a su vez, con la internalización de esas pautas de valor, las cuales son capaces de orientar esas expectativas del actor socializado. Y, por último, la institucionalización, que implica la coordinación entre las expectativas del sistema y del actor, respecto al rol asignado dentro del campo social. De lo expuesto se entiende que el papel de estos procesos para el ordenamiento de la acción resulta crucial: “es inherente a un sistema de acción que esta se encuentre, por así decir, normativamente orientada” (Parsons, 1988, p. 26).

Para sintetizar, la interacción se orienta a partir de criterios en donde el actor selecciona medios y objetos, pero esta selección no es azarosa, sino que está condicionada a partir de la cultura común, interiorizada por dicho actor. De lo que se trata es de producir una conciencia en los sujetos que pueda subordinarse a las necesidades del sistema y, a su vez, que estas necesidades se alojen dentro de los actores, transformándolas en propias. Se dispone allí, un círculo retroalimentado entre lo que se espera del actor y sus expectativas. Ahora bien, ¿cómo se lleva adelante todo este proceso?

**Internalización y socialización frente al desvío:**

Como mencionamos, Parsons (1988) explica que hay una adopción del sistema de pautas culturales, llamado internalización, que no refiere a algo meramente situacional, sino que es constitutivo de las personalidades. El aprendizaje de las pautas, explica Parsons, es transversal a toda la vida. Para que este proceso se desarrolle con normalidad, es necesario la aplicación de mecanismos de defensa y ajustamiento a los procesos que mantienen el equilibrio, contrarrestando tendencias de cambio (Parsons, 1988). El objetivo es dotar a los actores de herramientas para lograr un proceso de interacción complementaria, denominado por Parsons como “estado establecido” al encastramiento entre las expectativas de alter y ego.

Las desviaciones, según Parsons (1988), son una tendencia por parte de actores que “indiscutiblemente han tenido toda clase de oportunidades de aprender las orientaciones requeridas” (P. 135). Estas tendencias a la desviación deben combatirse debido al peligro de desintegración sistémica. En este sentido, se debe recurrir a los mecanismos de control mencionados con anterioridad, defensa y ajustamiento, los cuales constituyen procesos de motivación que se dan dentro de los individuos y que tienden a reaccionar frente al desvío.

Para Parsons, el individuo tiene motivaciones particulares que lo hacen incurrir en cursos de acción. Sin embargo, las disposiciones de elección son anticipadas por los valores desde la infancia del actor en donde entra en contacto con instituciones, por ejemplo, del tipo familiar. En este sentido “los patrones culturales generales proporcionan sistemas de acción con un anclaje estructural muy estable” (Parsons, 1974, p. 17). El objetivo de esta internalización es el normal desempeño del rol. Así, nos dice “el aprender a decidirse entre las alternativas de incumbencia de roles que el sistema social deja abiertas al individuo, constituye ciertamente una parte del aprendizaje social, y tales decisiones expresan orientaciones de valor adquiridas a través de la socialización” (Parsons, 1988, p. 136). El actor, desde su niñez, es portador de dos mecanismos catético evaluativos orientados a objetos sociales: imitación e identificación. En la primera se toma posesión de los elementos culturales específicos al momento de la interacción. La segunda, implica hacerse cargo de lo que se porta, internalizar los valores del modelo. Ego y alter establecen una relación reciproca de roles. El alter es modelo y proceso de aprendizaje a la vez, “alter, como modelo activo, adopta el rol de maestro (…) podemos hablar de socialización por instrucción, como complemento del mecanismo de imitación por parte del agente socializador” (Parsons, 1988, p. 139). En este sentido, Ego se convierte en pretendiente de Alter en tanto modelo. De esto se desprende la producción de una relación sacerdotal entre quien porta la buena internalización de los valores y las normas, inhibiendo posibles creaciones disruptivas, ya que como elemento básico de la personalidad, las pautas de orientación de valor son denominador común entre la personalidad como sistema y la estructura de los roles. El niño adquiere los valores a través de plasticidad, sensibilidad y dependencia. Las pautas básicas de identificación se desarrollan en la niñez. De este modo, los roles suponen aprendizaje y expectativa, “Como varón que es, debe aprender lo que se espera de un hombre, cuando crezca: convertirse en incumbente de un rol laboral” (Parsons, 1988, p. 155).

**Proceso de estratificación:**

Según Duek e Inda (2 014), el proceso de estratificación adquiere suma importancia, pues no solo cumple con la función de producir la ocupación de status- roles, sino que además opera para que tal distribución se realice de la forma más eficiente y racional. Es un sistema que se encarga de producir actores moralmente endeudados en busca de gratificaciones.

Los status- roles, al institucionalizarse, operan bajo un marco consensual, lo que le otorga solidez y estabilidad a la estructura y al sistema. La organización se da al compás de patrones moralmente sancionados y compartidos por los miembros de una sociedad. De esta manera, es posible ver cómo Parsons comprende al campo social, en tanto producto de un conjunto de interacciones mediadas y ordenadas. Como hemos visto, la contracara de esta institucionalización es la anomia, la cual implica un resquebrajamiento del orden normativo.

Duek e Inda (2014) comprenden que dentro del esquema de pensamiento de Parsons los actores se encuentran sujetos a un sistema de evaluación. La estratificaciónes una característica crucial de las estructuras sociales, y es que para los estructuralistas, la estructura siempre tiende a la codificación y al orden. Estos procesos internos de las estructuras suponen la confección de jerarquías atadas a un marco normativo que funciona a modo de pivote organizador al interior del campo social. Dicho de otro modo, la estratificación se dispone como un sistema de evaluación y distribución. Dentro del sistema, el actor es valorado como un objeto que ocupa un lugar (status) y que desempeña ciertas funciones (rol) (Duek e Inda, 2014). En este sentido, la estratificación es jerarquía. La evaluación habilita el juicio frente a los actores glorificando modos de existencia permitidos dentro del sistema, marginando las diferencias. Ahora bien ¿bajo qué criterio se da esta evaluación? Como se explicó, el marco normativo es capital en el modelo parsoniano, pues para el autor, la acción humana es cultural (Parsons, 1974). La norma se eleva por encima de los sujetos con el objetivo de orientar motivaciones y fines, “el compartir estas pautas de valores comunes, conlleva un sentido de la responsabilidad para el cumplimiento de las obligaciones” (Parsons, 1988, p. 29). De este modo, la valoración se hace en torno a este esquema. Los valores y normas trascendentes solo pueden organizar el campo social en tanto establezcan gradientes de complacencia respecto a sí mismas. La ponderación de los actores dependerá de su grado de asimilación respecto a los valores, y del sistema de recompensas y castigos.

Las disposiciones culturales que guían las acciones son internalizadas en los procesos descritos anteriormente. En este sentido, socialización e internalización son procesos irreemplazables ya que refieren a la transmisión e incorporación de las normas y los valores para la mantención del orden.

Volvemos una vez más al MVA: la internalización vuelve carne el marco normativo, allí se transforma en conciencia y el actor se vuelve pastor de sí (y del otrx), haciendo pasar por particulares, intereses generales:

“El núcleo de una sociedad, como sistema, es el orden normativo, organizado dentro de un patrón, a través del que se organiza colectivamente la vida de una población. Como orden, contiene valores y normas diferenciadas y particularizadas, así como reglas que requieren referencias culturales para resultar significativas y legitimas.” (Parsons, 1974, p. 24)

**¿Es posible la diferencia?:**

Sería erróneo creer que en el sistema de pensamiento parsoniano no se producen cambios o diferencias. Siguiendo el modelo durkheimiano expuesto en la división social del trabajo, el autor comprende, desde una perspectiva evolucionista, que la sociedad se complejiza a partir de la profundización de la solidaridad orgánica. En ella, las funciones se especifican y se diferencian más, no obstante, estás diferencias se encuentran bien delimitadas. La estructura se mantiene estable en tanto el equilibrio de los procesos que se produce dentro ella, corresponde a relaciones reguladas de carácter normativo. Así, el sistema emana un conjunto de expectativas viables, demarcando lo que es apropiado de lo que no lo es. Es por eso que se dispone de un conjunto de sanciones positivas o negativas, que evalúan la afinidad del actor pretendiente a las pautas de valor comunes y a las normas. Como explica Parsons (1992): “Para que vaya adelante el intercambio estable tiene que haber, por una parte, flexibilidad para que se muevan inversiones y producciones, pero tiene que haber también manera de canalizar ese proceso a fin de mantener su variabilidad dentro de los límites” (p. 87). En otras palabras, el sistema produce mecanismos de control cada vez más complejos, no autonomía.

La integración nunca alcanza una totalidad perfecta. Es necesario que se dé la integración de una fracción suficiente de población para que el sistema pueda funcionar de forma estable. El resultado inmediato de este mecanismo es la producción de una mayoría en detrimento de una minoría. “Es un fenómeno muy general, ciertamente, que las fuerzas sociales son directamente responsables de la lesión o destrucción de algunos individuos y algunos de los deseos o necesidades de todos los individuos. Una guerra no puede ser ganada sin bajas” (Parsons, 1988, p. 21). Como hemos visto, es el sistema de evaluación, en tanto mecanismo de juicio, quien dispone los sacrificios para la manutención del orden sistémico. La preservación del sistema normativo dispone de un conjunto de sanciones para obturar la anomia o cualquier tipo de producción de desvío. El sistema de sanciones se erige como médico no solo curando, sino también conjurando cualquier tipo de malestar social. La guerra del sistema de Parsons es una guerra contra el síntoma, reforzando mecanismos de control.

**Es posible la diferencia:**

A contrapelo de lo expuesto, Deleuze no centra su análisis desde un entendimiento amoroso por el marco normativo. En efecto, este constituye una fuerza impotente que abraza al sujeto, recortando sus bordes en tanto es parte de un proceso de subjetivación. Como veremos, la principal ocupación de su pensamiento es la creación de acontecimientos, de irrupciones novedosas e intensivas que no respondan a un orden normativo, trascendental y estratificado. De esto se desprende el interés de Deleuze por una ontológica antijerárquica. Este modelo de pensamiento se contrapone fuertemente a los esquemas arborescentes en donde los sujetos se encuentran jerarquizados. “El árbol es ya la imagen del mundo. La unidad de la totalización, se afirma en la dirección de un círculo, un ciclo” (Deleuze & Guattari 1997, p. 11).

**Las tres líneas:**

Para Deleuze, la vida está atravesada por tres líneas. La primera se denomina Molar, y es caracterizada por unificar, totalizar, organizar y estratificar. Estas líneas de segmentación dura operan sobredeterminadas por el pensamiento dominante, lo que supone un nivel alto de control respecto a posibles disrupciones. De igual manera, existen líneas intensivas, denominadas Moleculares, que se forman por partículas (Deleuze & Guattari 1997). Como se comentó, la articulación de Parsons supone la creación de estructuras estables y funcionales, que constituyen los compuestos molares en los que las estructuras se actualizan al mismo tiempo. Estos estratos molares se articulan como una pinza a modo de captura, procediendo por códigos en lo que Deleuze llama: proceso de territorialización. Las líneas moleculares, al caracterizarse por ser más flexibles y fluyentes, refieren a un proceso de desterritorialización. Sin embargo, esto no significa que ambas líneas se repelan, ya que la particularidad del proceso de desterritorialización que llevan adelante, es que solo es coherente en el marco de una reterritorialización. Lo flexible solo existe en el marco de una captura (Deleuze & Guattari 1997).

Ahora bien, debe haber algo más, algo que pueda permitir al sujeto producir nuevos espacios, nuevas experiencias o, en términos spinozistas, aumentar su potencia. Para Deleuze, ese algo más es la línea de fuga. Estas son pura desterritorialización, en donde no existen puntos de referencia, sus trazados son horizontales e intensivos (Deleuze & Guattari 1997). Estas líneas no están a la espera de ser tomadas, sino que solo tienen lugar en la producción y experimentación. En este nivel no se pueden establecer relaciones de semejanza, como las líneas anteriores, porque no hay pivotes organizadores que funcionen como modelos. Allí se relacionan partes del cuerpo, intensidades de manera completamente nueva, ya no hay un sistema orgánico funcional, ya no hay designaciones, ni roles, ni status.

Según el filósofo francés, la territorialización de las líneas Molares frente a las Moleculares, se expresa en una organización arborescente, en donde la estratificación supone un modelo de jerarquías dentro del campo social (Deleuze, 1999). Alrededor de estas disposiciones, podemos determinar la ubicación de los actores. La respuesta deleuziana al árbol como sistema de organización jerarquizada es el rizoma: tallo subterráneo que crece de forma horizontal.

**Rizoma, mapa y calco:**

¿De qué es capaz el rizoma? En primer lugar, el rizoma no tiene ni principio ni fin, ocupa los espacios entre, es un principio de descentramiento. En segundo lugar, es denunciante de las falsas multiplicidades del árbol (Deleuze, 1999). Estas pretenden erigirse como diferenciales, pero el rizoma devela su contenido estratificado, es decir, su anclaje a un centro. El rizoma es ajeno a la organización status – rol porque está compuesto de líneas prófugas que conjuran las codificaciones potenciales. Esto nos dice que el rizoma solo está definido por un afuera, por la línea de fuga, por lo desterritorializado y por una ruptura con el significante (Deleuze & Guattari 1997). En definitiva, el rizoma es un mapa cuya lucha se da contra las empresas que operan como reestratificantes.

El mapa es una herramienta de experimentación, compuesto por dimensiones infinitamente conectables y alterables, produciendo un sinfín de posibles montajes (Deleuze & Guattari 1997). Por el contrario, para Deleuze, el calco orbita en torno a un eje trascendente. El calco es motorizado por una fuerza centrífuga que arrastra todo a su centro. Para el caso de Parsons, este centro se funda en los valores y las normas. El calco remite imperiosamente a lo idéntico y no contiene entradas múltiples como el mapa. Se caracteriza por incrustar a los sujetos en estructuras sobrecodificadas y por devolverlo al centro, organizando, estabilizando y neutralizando las multiplicidades. Estructura al rizoma, y cuando cree producir otra cosa ya solo se reproduce a sí mismo, dando lugar a las falsas multiplicidades (Deleuze & Guattari 1997). El calco reproduce puntos muertos, los bloques y los pivotes. “Os romperán vuestro rizoma, os dejarán vivir y hablar a condición de bloquearos cualquier salida” (Deleuze & Guattari 1997, p. 19). A menudo caeremos otra vez en estos puntos muertos, las múltiples entradas del rizoma hacen posible devolvernos al calco y al árbol. Esto es así porque, para Deleuze, calco y mapa coexisten como el rizoma y el árbol. Lo que resulta interesante es la producción de nuevos brotes rizomáticos desde las raicillas del árbol, los cuales nos permitirán fabricar nuevas conexiones.

**La tierra:**

El modelo de Parsons se nutre de la producción de estrías y redundancia, en donde nada queda fuera de planeación. Por el contrario, Deleuze nos invita a producir espacios lisos, que se ocupan sin medir y se habitan en la exploración. El espacio liso, entonces, es el espacio por excelencia de las desviaciones, ya que no hay ninguna línea que arrastre al resto de fuerzas a un centro organizador. Un espacio poblado de multiplicidades no métricas, rizomáticas. En los espacios lisos, nadie sabe lo que un cuerpo puede. Las totalidades resultan propias de los espacios estriados, allí los horizontes son cierres, demarcando el limite de nuestra potencia.

Para ejemplificar esto, Deleuze recurre al ajedrez y al Go. En el primero, como en el modelo de Parsons, el espacio estriado aprisiona el funcionamiento de las piezas: un caballo puede recorrer todo el tablero, pero solo en movimientos en L, porque la pieza no puede dejar de ser lo que es. Dentro del ajedrez se disputa una guerra, pero codificada, regulada. Sin embargo, el Go opera de otro modo. Nos dice Deleuze que es un espacio abierto de creación de estrategias, no hay puntos de llegada o algún tipo de meta, se configura en un espacio liso, en detrimento del espacio estriado que construye el ajedrez (Deleuze & Guattari 1997).

De estas consideraciones es que Deleuze pondera al nómada, quien no cesa de desplegarse por el espacio liso. Ahora bien, el autor no busca una completa desterritorialización, ya que las consecuencias de ello pueden ser la destrucción del cuerpo. Entonces ¿la desterritorialización debe desembocar en una reterritorialización? De ser así ¿se diferencian estos procesos del modo en que se presentan en el cuerpo sedentario? Es preciso argumentar que ambos procesos ocurren sin importar el cuerpo que esté en juego. Sin embargo, podemos decir algo más. El nómada no es un enemigo de los puntos, no los odia, solo los utiliza de un modo diferente que el sedentario. Para el nómada, la reterritorialización es solo consecuencia de su andar errante, para el sedentario es un principio de vida. El sedentarismo rastrea las líneas de fuga que se producen a caballo en los espacios lisos para poder reterritorializarlas a través de los aparatos de captura. En el nomadismo, los puntos solo existen para ser abandonados (Deleuze & Guattari, 1977). El cuerpo sedentario, sometido a los valores y a las normas, se interesa por la medición, la distribución, la codificación y la regulación. En el sistema de Parsons, el actor es obturado constantemente por las propias características del espacio que ocupa, es ordenado a partir de un maridaje entre fijos y variables. La desterritorialización sedentaria constituye lo que Deleuze llama D negativa. Y es que la misma no hace más que enmascarar una desterritorialización que la compensa bloqueando las líneas de fuga.

**Acontecimiento y CsO:**

A estas alturas podemos decir que la interpretación deleuziana de los cambios dista considerablemente del pensamiento de Parsons. Bajo la óptica del filósofo francés, podemos determinar que los movimientos mencionados en el primer apartado, realizados al interior del sistema subordinan el esplendor y la novedad del devenir bajo los hilos de lo dominante. De lo que se trata allí es de domesticar los movimientos reforzando lo ya constituido. No existen quiebres, sino más bien redireccionamientos para las mayorías. A raíz de esto, Esperón (2014) explica que el devenir sólo puede ser posible en la medida en la que este sea minoritario, desprendiendo una singularidad irrepetible. Ahora bien, el devenir nomádico puede inutilizar su potencia en su relación con las mayorías y perder su carácter minoritario. Por ejemplo, su flujo molecular fácilmente puede ser asimilado por el sistema, acordando este una autonomía local, domesticando su acción. La minoría no debe volverse mayoría a través de otro consenso, sino producir líneas irreconciliables, que poco tienen que ver con los círculos redundantes. La revolución en Deleuze, supone la abolición de todo orden social rígido. El acontecimiento, explica Esperón (2014), es algo traumático, menor, perturbador, anárquico. Es el debilitamiento de lo estable. Lo que le interesa a Deleuze, son los modos de individuación de las cosas o de los sujetos que se suponen irrepetibles: una hora del día, un viento, un clima.

Del acontecimiento emerge la verdadera potencia del cambio. El acontecimiento supone una línea que pasa por el medio de los límites de la “o”. En reemplazo, nos propone habitar el mundo a partir de las series conjuntivas y…y…y...y, a modo de rizoma. El estallido del acontecimiento conforma un espacio ilimitado y abierto, que no totaliza sus componentes en una unidad superior y absoluta, como valores o normas, sino que existen entrecruzamientos, encuentros y desencuentros de fuerzas, en donde ni ego ni alter pueden saber cómo va a reaccionar el otro. Las relaciones extendidas por el acontecimiento pueden provocar conexiones y desconexiones, producir fugas y destruir la estabilidad social y cultural. Estos movimientos no pueden ser anticipados, operan desde el sin sentido, por lo que no puede haber un principio regulador. Implican una relación con lo nuevo, con el afuera, en definitiva, es lanzarse a la nada (Esperón, 2014).

Ahora bien, ¿Cómo sensibilizarse a estas conexiones? ¿Qué tipo de postura se debe adoptar para poder explotar y explorar nuestras potencias? La respuesta de Deleuze se halla en el Cuerpo sin Órganos (en adelante CsO). En principio, debemos aclarar que esta figura no refiere a la eliminación de los órganos, puesto que estos no son sus enemigos, sino más bien del organismo (Deleuze & Guattari 1997). Un CsO es un cuerpo vivo capaz de desentenderse de los mecanismos de captura de los estratos. Deleuze compara al CsO con un huevo ya que representa un territorio aún sin estratificar, en donde todo es potencia. Entonces, el CsO es un conjunto de prácticas que sólo se ponen en marcha al momento del hartazgo frente al organismo (Deleuze & Guattari 1997). En ese sentido, allí donde el planteamiento de Parsons intenta detenernos, Deleuze nos empuja a proseguir. La existencia del CsO solo es posible tras la muerte de los fantasmas normativos, los cuales asestan golpes de bloqueo al CsO. El cuerpo es un conjunto de válvulas, cámaras y recipientes que hay que dejar fluir (Deleuze & Guattari 1997). El campo normativo del modelo de Parsons traiciona al deseo, lo arranca de su campo de inmanencia dando vida al sacerdote, quien maldice el deseo experimental. “El CsO grita: me han hecho un organismo, me han plegado indebidamente, me han robado mi cuerpo” (Deleuze & Guattari 1997, p. 164).

Una vez más, resulta capital entender que Deleuze no nos pretende empujar hacia una desterritorialización absoluta, en efecto remarca: “a menudo, nos veremos obligados a caer en puntos muertos, a pasar por poderes significantes, y afecciones y formaciones paranoicas” (Deleuze & Guattari 1997, p. 19). La experimentación vitalista poco tiene que ver con la destrucción del cuerpo. Es por eso que, el filósofo francés, nos llama a conservar partes del organismo, incluso partes de significancia y de interpretación con la capacidad de ponerlas en contra del sistema. “Lo peor no es estar estratificado, sino precipitar la desestratificación en un desmoronamiento suicida” (Deleuze & Guattari 1997 p. 165).

**El juicio y los simulacros:**

Ya hemos visto los efectos de los estratos sobre la tierra, así como también sus efectos sobre el cuerpo. Es necesario partir desde una ontología que nos extienda herramientas para luchar. Deleuze recupera a Spinoza y su filosofía de las pasiones para proponer una sustitución entre un modelo moral y otro ético, diferenciando entre el bien y el mal de lo bueno y lo malo. En este caso, la ética supone la ponderación de los cuerpos inmanentes, en detrimento de la moral, cuya existencia remite a valores trascendentes comunes para todxs los cuerpos (el bien y el mal) (Marangi, 2017). Para Deleuze, la ética spinozista conduce a un plano común para todos los seres, denominado plano de inmanencia. Este plano se diferencia del plano trascendental, ya que no existe un principio de organización, desarrollo o formas, lo que permite afirmar que un cuerpo no se define por lo que es, sino más bien por lo que puede, por su poder de afectar otros cuerpos y de ser afectado. Un cuerpo es un campo de fuerzas. Lo bueno es absorbido por un cuerpo que desarrolla una relación con el nuestro y aumenta nuestra potencia de ser, mientras que lo malo remite a un cuerpo que obtura nuestra potencia de actuar, dando lugar a la producción de pasiones tristes (Marangi, 2017).

El plano de inmanencia no supone una universalización de la valorización, por el contrario, lo bueno y lo malo existe para cada ser. En este sentido, Deleuze se desprende de todo tipo de sistema de evaluación que califique y jerarquice a los cuerpos. Para Marangi (2017), Deleuze busca el reemplazo de una verdadera diferencia ética, en lugar de una falsa oposición moral. La búsqueda de esta ética es encontrada en Nietzsche, quien explica que, detrás de los valores estáticos y universales, existe algo que es bueno y malo para unx. Para el filósofo francés existen dos tipos de vida: por un lado, una vida agotada y, por el otro, la buena vida que puede transformarse con las fuerzas con las que colisiona. Las fuerzas de la vida agotada solo pueden obturar y destruir. Estas son decadentes, degeneradas, ya que representan la impotencia de los cuerpos en donde la voluntad de poder solo refiere al dominio, un ser para la muerte.

Son los principios trascendentales, como hemos visto, quienes habilitan el juicio. La estratificación en el sistema de Parsons supone la ubicación de actores a partir de sus semejanzas con los valores del sistema. Mientras más cerca esté el actor de ese valor, mientras más se adueñe de la norma, tendrá más posibilidades de ocupar mejores posiciones. En este sentido, las copias contienen un grado de semejanza con lo trascendente, es decir con el modelo. A contrapelo de esto, la diferencia en el simulacro es esencial. El simulacro supone una doble negación, niega la copia y el modelo, rechazando todas las referencias del centro (Abraham, 2011). El simulacro no tiene relación con lo fundante, huye de él. El juicio se compone de definiciones preexistentes que acompañan al pretendiente, y al entrar en contacto con un simulacro, lo desestima, lo intenta curar, lo encierra. El pretendiente, portador de valores y normas que enmarcan la acción, hace de los límites su ley (Lapoujade, 2016). Lapoujade, siguiendo a Deleuze, llama a hacer justicia por estos movimientos menores de falsos pretendientes, simulacros, ponderando la producción de nuevos cuerpos (CsO). Cuerpos que, como hemos visto, volverán a pasar por las líneas estratificantes, pero solo servirán en la medida en la que podamos abandonarlos para crear otros.

**Conclusiones:**

A lo largo de esta ponencia, hemos hecho un recorrido por el pensamiento de Deleuze y Parsons respecto a la problemática del cambio y el papel de actor. Dentro del esquema de Parsons, enunciamos como las normas ocupan un lugar privilegiado orquestando el equilibrio sistémico. Allí se dispone un esquema arborescente en donde la ponderación de las normas y los valores hacen que el actor devenga en pretendiente en tanto obtiene un modelo a imitar. El actor pretendiente toma estos valores y normas, y los vuelve propios. De ahí que produce una conciencia que se coordina con las necesidades del sistema.

La eficacia del proceso de estratificación se expresa en las líneas Molares que reterritorializan las líneas Moleculares y bloquean las líneas de fuga, imprimiéndoles las normas y valores vigentes. Asimismo, los actores son expuestos a un sistema de valoración, y su ubicación dependerá de su cercanía con estos marcos de referencia de la acción. En este sentido, la estratificación es jerarquía continua en el campo social. El pretendiente debe portar un cuerpo apto, aprobado, sano, que se diferencie de los falsos pretendientes. La contracara de este proceso de estratificación es la exclusión de los simulacros, esencialmente distintos al modelo, promoviendo su marginación y destrucción.

El juicio reafirma las posiciones dentro del campo social, nos otorga herramientas para poder volver a un centro, como una especie de yo-yo que flexibiliza su hilo haciendo que nos alejemos de él, para luego volver a tensarlo y llevarnos una vez más al punto de partida. Frente a la pregunta spinozista “¿de qué es capaz un cuerpo?” según Parsons, la respuesta es la certeza del orden. Dentro de su esquema, lo redundante otorga la seguridad de movimientos relativamente controlados. En la estratificación, los valores y las normas anticipan las desviaciones instalando diversos cursos de acción. Este proceso instala, dentro del actor, la convergencia de una responsabilidad técnica y moral que lo constituyen como funcional. De esta manera, es posible saber lo que un cuerpo puede, pues la potencia esta demarcada desde el momento en que el actor se inserta en el campo social.

Ahora bien, si en el esquema de Parsons el simulacro debe destruirse, en el pensamiento del filósofo francés este ocupa un rol activo al poner en cuestión las nociones fundantes del modelo y de los pretendientes. Renunciar a la mezquindad del juicio, abrirse al acontecimiento, participar activamente en la producción de líneas de fuga que metamorfoseen el cuerpo, es a lo que nos invita Deleuze. Para ello, el sujeto debe partir desde su particularidad, y atravesar un trabajo exploratorio y experimental, desterritorializando su forma fija y liberando al cuerpo de las estratificaciones. Allí, se produce la emergencia del CsO, quien dirige su violencia hacia el organismo, la valuación y las estructuras organizadoras.

Es preciso enfrentar a la “mala conciencia” que mal predispone al sujeto frente a lo nuevo. Es el mismo Deleuze quien dice que no basta con gritar viva lo múltiple. De lo que se trata es de una nueva disposición corporal. ¿De qué modo entramos en contacto con el acontecimiento? Si en el modelo de Parsons el actor se viste de médico para corregir las desviaciones, en el pensamiento de Deleuze deberá abandonar ese ropaje y participar del estado de lo insólito:

“Estamos cansados del árbol. No debemos seguir creyendo en los árboles, en las raíces en las raicillas, nos han hecho sufrir demasiado. No hay nada más bello, más amoroso, más político que los tallos subterráneos y las raíces aéreas, la adventicia y el rizoma” (Deleuze & Guattari, 1997 p. 20)

A la certeza que nos otorga el esquema de Parsons, Deleuze la expresa como duda. No sabemos de lo un cuerpo es capaz debido a la infinidad de conexiones que, por ejemplo, puede producir un rizoma. La duda hace posible la aventura, colmando de potencia al mañana. Quisiera terminar esta ponencia con una cita de Santiago Díaz (2019), quien acertadamente sintetiza la filosofía de Deleuze así:

“Deleuze nunca intentó explicar, ni agradar, ni convencer, ni mucho menos volverse un monumento o una marca registrada... su pensamiento tan sólo tensó el arco para que las existencias por venir se lancen al vuelo profundo, lúdico e inmanente, de una vida como acto de creación... todo lo demás, es archivo y habladuría.” (p. 281)

**Bibliografía**:

* Abraham, T. (2011). La máquina Deleuze: Tomás Abraham y el seminario de los jueves. Sudamericana.
* Baudelaire, C. (s.f.) https://web.seducoahuila.gob.mx/biblioweb/upload/El\_Spleen\_de\_Paris-Baudelaire\_Charles.pdf
* Deleuze, G. (1999). Conversaciones [traducción de José Luis Pardo]. Valencia: Pre-Textos.
* Deleuze, G., & Guattari, F. (1997). Mil Mesetas, editorial Pretextos.
* Díaz, S. Deleuze PerformerX. Cuerpxs, pedagogías, subjetividades en Heffesse, S., Pachilla, P., & Schoenle, A. (2019). Lo que fuerza a pensar: Deleuze, ontología práctica 1. Buenos Aires, Argentina: RAGIF Ediciones pp. 273-281.
* Duek, C., & Inda, G. (2014). La teoría de la estratificación social de Parsons. Revista THEOMAI.
* Esperón, J. P. E. (2014). Sorprendente el poder del cuerpo: Deleuze y su interpretación de Nietzsche y Spinoza.
* Lapoujade, D. (2016). Deleuze, los movimientos aberrantes. Editorial Cactus.
* Marangi, M. S. A. (2017). El concepto de “inmanencia práctica” en Deleuze. Ideas y valores, 66(164), 317-341.
* Parsons, Talcott. “Una Teoría funcional del cambio” en *Los Cambios Sociales*, Etzioni, Amitai y Eva Etzioni (compiladores), Fondo de Cultura Económica, México, 1992; pp. 84-89
* Parsons, T. (1988) El Sistema Social, Alianza Editorial, Madrid.
* Parsons, T. (1971) La Estructura de la Acción Social, Guadarrama, Madrid.
* Parsons, T. (1974) La Sociedad. Perspectivas evolutivas y comparativas. Trillas, México.